

NOVELA

## **Marea baja.**

### 1. Apertura

Estaba absorto ante la ventanilla del Tren de Alta Velocidad, el convoy comenzaba a moverse, no era consciente de cómo había llegado a la parisina estación de Austerlitz. Los recuerdos se agolpaban en mi mente y me secuestraban; evocaban las palabras pronunciadas por María cuarenta años atrás, al abandonar el pueblo con voz emocionada me dijo: “Pase lo que pase, siempre te amaré”. Yo le había respondido que volvería a por ella y la arrancarí de aquel pueblo. La emoción me traicionaba, pero mi ser se mantenía firme, me limpiaba mis reseca lagrimas con el puño de la camisa. La edad me había vuelto más sensible.

Era incapaz de dormir, no quería recapacitar, me escondía observando como pasaban, unos tras otros, los postes que sustentaban la catenaria, o vislumbrando los terraplenes, descifrando su profundidad por la negrura; de vez en cuando miraba a las estrellas intentando recuperar el tiempo perdido, pero la imagen de ella se había borrado. Aburrido cogí el teléfono móvil con la intención de llamar a Eusebio, para que sacase el Mercedes del garaje y me viniese a buscar a la estación de Santiago de Compostela, pero tras una breve reflexión decidí ir a Noia en el autobús; era como si quisiese parar el tiempo, rememorar los viejos lugares y disfrutar del paisaje. La soledad relativa del tren, tan sólo era interrumpida por los ronquidos de los que tenían su alma en paz y podían dormir; ello posibilitaba mi reflexión y me instigaba un sentimiento de trasladación que, de alguna manera, me liberaba de mis remordimientos; era como una vivencia oscura que ayudaba a mis pensamientos a fundirse y trasladarme a mi remota infancia. Pero, de inmediato, los recuerdos del entierro de María repiqueteaban en mi mente. Hacía tan sólo tres días que la habían enterrado, había sido un típico día otoñal de París, cielo gris y ambiente muy frío. Cuando salía de la iglesia la tarde se convertía en noche y comenzaba a desplegar su manto con paso decidido; hasta mis oídos llegaron los últimos sonos del armonio, y, mi ánimo dolido, se llenaba de recuerdos lejanos, que mi alma rechazaba o no quería reconocer; en aquella entumecida anochecida, una espesa bruma se había instalado en el campo santo; la niebla sacudía con fuerza mi nostalgia y el silencio amordaza mi intimidad, escondiendo un grito que surgía del fondo de mi mutismo.

Indolente caminaba por la vereda que cercaba el cementerio, ansiaba cerrar aquel capítulo de mi vida. Volví la cabeza y vi el montón de tierra fresca que ahogaba el ataúd, era como si quisiese dejar el tiempo atrás. Me sentí miserable y cobarde. Los años me habían sorprendido y la vida me obligaba a batallar con mis silencios, que como la mala hierba, germinaban en mi interior y eran como dos rocas imantadas que me aprisionan bajo el influjo de los veleros del tiempo. Era época de los olvidos acontecidos, de esos a los que no quise enfrentarme a lo largo de mi existencia, y que ahora se mostraban como el silabario de mi vida. Mi cabeza se iba, el traqueteo del tren me adormecía y el sueño, al fin, se apoderó de mí.

Anocheceía sobre París. Helaba. Sentía como el frío atenazaba mi alma; crucé las solapas de la americana, en un baldío intento de combatir el frío y la soledad, pero la niebla me asediaba recordándome mi pasado. Arrastraba los pies, sesenta y tantos años malvividos, eran una pesada carga para mi conciencia, y el recuerdo de María, que había vuelto a la tierra, se mostraba ahora indeleble. Que paradoja, la mayoría de los hombres, entre los que yo me encontraba, no sabiendo que hacer en esta vida, deseábamos otra que no tuviera fin, aunque sabíamos que la vida era un viaje sin retorno. No era consciente por donde había transitado para llegar hasta aquel hotel, era un edificio muy extraño; entré, no había recepcionista, cansado y harto de esperar me dirigí a las habitaciones, estaban todas vacías, oscuras y llenas de telarañas, fui abriendo, una por una, todas las puertas hasta que encontré una habitación muy luminosa y pintada en un color pastel; era, sin duda, el dormitorio de una niña, en la pared del fondo perfectamente ordenadas en una estantería había multitud de muñecas deseadas y nunca acariciadas, me acerque hasta la ventana y cual no sería mi sorpresa al observar que era una ventana falsa, pintada en la pared, mostraba un bello jardín con un estanque en el centro iluminado por una luna llena. Al rato me sentí perdido, me tumbé vestido sobre la cama, percibí como el sucio velo de la noche se incrustaba por cada escondrijo del dormitorio y salteaba mi alma como un siniestro ladrón. Deshice el nudo de las sábanas, que me aprisionaban, ansié levantarme, pero un malestar profundo me dominó; un agudo dolor recorrió mi cuerpo desde mis sienes hasta mi maltrecho corazón.

En aquel instante, el pasado se presentaba aparatoso y confuso, preñado de recuerdos ambiguos que intentaban fluir, a la vez, memorables e indignos en mi mente. Mis recuerdos eran como ausencias, una desazón y resaca en mi boca reclamaban el remedio a tanto dolor. Torpemente tanteé la mesilla de noche hasta que pude dar con la pera, por un momento dudé, pero encendí la lámpara y un lacerante fagonazo dejó mi alma al descubierto. Me levanté y observé la habitación, dos botellas huecas y un vaso con restos de agua, que seguramente eran posos de hielo. El vacío de aquellas botellas me colmó de una angustiosa sensación de impotencia. Me acerqué al baño, me enjuagué la boca, al incorporarme, mi cabeza se tropezó con el espejo. ¿Era yo aquel reflejo que me era devuelto? Un hombre cansado y abatido... ¡no, no era posible que en tres días hubiese envejecido tanto! Me había convertido en un hombre de pocos trazos. Supuse que sí, aunque tenía la piel en blanco. Tampoco me importaba si yo era aquella imagen o cualquier otra. No tenía fuerzas para pensar. Mis cavilaciones eran como un círculo. Un sueño dentro de otro sueño. Volví al dormitorio, mi mirada se perdió entre las muñecas, me acosté en la cama, mi sueño era muy irregular, constantemente me despertaba y volvía a dormir. Las pesadillas me se apoderaban de mí; me levanté y confuso salí del dormitorio, avancé por el pasillo hasta la puerta de la calle. Fuera no había nadie, sólo la noche, y un extraño hálito confundía a los árboles convirtiéndoles en amantes. Puede que huyera, aunque no sabía de qué. Comencé a caminar calle abajo. Anduve un largo trecho hasta que cansado dejé de consolarme. Me detuve frente a una antigua villa en ruinas. La cabeza me acongojaba y me sentía alicaído. Me arrimé al vetusto cercado que asediaba la casa y aceché a través de él. Un desamparado jardín reposaba, confundido tan sólo por la luz de la luna. Me introduje, a través de un hueco de la valla, en la indomable espesura, hasta llegar a un hermoso estanque, en donde la luna llena se bañaba en sus envejecidas y olvidadas aguas. Era igual a la imagen que mostraba la ventana falsa pintada en la habitación. Ahuyenté mi mirada del agua y la contuve receloso en un pequeño perfil, que aparecía inanimado junto al estanque. Era una niña, de lacios cabellos y mejillas rosadas; vestía un alargado camisón blanco que

tan sólo dejaba transparentar sus desnudos piecitos. Me aproximé, sigiloso y sin separar la vista de la niña. Hubiese querido expresar algo, pero no tropezaba con palabra alguna en mi cabeza, tan sólo hallaba sufrimiento. La niña comenzó a susurrar incomprensibles voces, como si hablase con la noche, mientras jugaba con su mano en las plateadas aguas del estanque. Me aproximé un poco más, sin hacer apenas ruido, pero ella me sorprendió y con voz angelical me preguntó:

—¿Tú también lo buscas?

—¿El qué?— La interrogué sorprendido.

—¿El amor?

Sólo humo y cenizas quedaban de mi amor. Noté como las piernas me flaqueaban, me apoyé en la fuente y respondí:

—En mi vida no hay amor...

—Donde hay dolor hay amor, yo lo he perdido... aunque lo sigo buscando con toda mi alma.

—En mi vida no hay amor.— Le insistí con voz destemplada.

—¿Crees que algún día hallaré el amor? Lo busco, pero no lo encuentro. Debe ser muy escurridizo.

Bajé mi mirada y tropecé con los ojos tristes de aquella niña desamparada, de inmediato arribaron a mi alma recuerdos de llagas de amor sin cicatrizar.

—Me dijo que me amaría siempre.— La voz de la niña era ahora como un murmullo. — Pero lo he perdido. ¿Sabes tú en donde está mi amor?

Me miraba fijamente, sus humedecidos ojos chispeaban más que la luna. ¿De qué conocía a aquella chiquilla? Me recordaba a alguien, pero las evocaciones se oscurecían, se escondían allá en lo más profundo de mi alma.

—¿Tú por qué no demandas amor? ¿Has dejado de amar?—

Me volvió a preguntar cabizbaja.

Miré hacia atrás y me di cuenta de que tan sólo una vez, en toda mi vida, había caído en la hoguera del amor, hacía ya mucho tiempo de aquello, tenía diecisiete años. Ahora me daba cuenta de que el amor más se enciende, cuanto más apagarlo se pretende; fuera de mí le contesté:

—¡Yo no poseo el amor!— Fue como un grito preñado de desconcierto.

Unas ácidas lágrimas no brotaron de mis ojos, pero yo notaba como corroían mi alma. La chiquilla, se acercó a mí, me acarició la mejilla, me apretó con fuerza la mano y canturreó algo, muy melodioso, que no pude entender. De repente se encaró conmigo y me reprochó.

—¡Eres tú, estoy segura! ¿Por qué te fuiste y me abandonaste? ¿Por qué, por qué... ? He estado toda mi vida esperándote.— Me besó en la mejilla y sus inocentes ojillos se iluminaron.

—¿Qué... ? —Apenas pude balbucir.

Me volvió a acariciar la cara. Sonrió y me estrechó con fuerza. Sentí como una ola de felicidad embargaba todo mi ser. Yo seguía llorando lágrimas inexistentes y mi pesar me abandonaba. Miré al agua de la fuente, que ahora se mostraba imborrable, y vi como en ella se reflejaba la imagen de dos chiquillos aprisionados por un precoz abrazo.

—Desde ahora estaremos juntos eternamente.— Me señaló sonriendo.

Clausuré los ojos y aunque no podía llorar, ahora lágrimas ácidas sí resbalaban por mi rostro. De repente abrí los ojos: ¡Todo había desaparecido! Había sido un sueño. Desperté en la penumbra del vagón, encontraba en el tren de alta velocidad, no estaba solo, me acompañaban de aquellas botellas vacías, las del sueño y no sabía como habían llegado hasta allí, lo que, sin duda, evidenciaban mi desaliento. Mi cara ahora sí que

estaba inundada por desesperadas lágrimas. No recordaba haber llorado en toda mi vida, ni tan siquiera cuando mi indigno padre me pegaba con el cinturón. Aunque la noche que la abandoné a ella, mis ojos no lloraron, pero sí lo hizo mi corazón. Ahora lo comprendía todo. Dolorido abrí el sobre, que el tosco herrero me entregó durante el entierro, contenía la carta de María, estaba muy revuelto, era fiel reflejo de mi vida, entre aquella amalgama de papeles, pude encontrar unas fotos rancias. Fotos de deseos truncados, de besos y abrazos no concedidos, de amores brotados en la niñez. Y entre todas ellas, sobresalía la de dos adolescentes: Una niña y un niño. Una hermosa y sonriente niña de cabellos del color del azabache, de mejillas rosadas que rebosaban amor. Y un niño, Yo, que entonces llevaba la semilla del amor en su interior, pero desgraciadamente la perdió pronto; ahora la muerte me había hecho comprender que había perdido toda una vida.

Me levanté y caminé por el pasillo del vagón hasta llegar al lavabo, entré, mire con náusea, estaba tan inmundado y olía mal, me miré en el espejo y volví a ver la imagen de un ser que ya no reconocía, un hombre cansado, envejecido, entristecido, un ser al que nadie evocaría. Aunque algo sí había cambiado, pero ya era demasiado tarde. Por unos instantes me pareció ver, reflejados en el espejo, los ojos de aquel adolescente que dijo que la amaría siempre. ¿Cómo había sido capaz de echar de mi vida el único recuerdo valioso? El recuerdo de su amor. El recuerdo de ella. Volví al departamento, me senté, mi mirada quedó fija en la ventana, no miraba al exterior, el reflejo del vidrio mostraba galopante mi azarosa vida. Me volví a dormir, pero me desperté a los pocos minutos, súbitamente me di cuenta de lo mucho que había perdido al intentar olvidarla... me había perdido a mí mismo. Pero todo iba a cambiar con mi hija. Me limpié las lágrimas con la palma de la mano y lamenté no haberlas derramado antes. Bajé la mirada recordé y susurré: “Te amaré siempre. Nada podrá separar nuestras almas. Nunca te olvidaré”. Pero otra vez me equivocaba. El destino me estaba aguardando. Al fin el cuerpo, casi al amanecer, por fin se rindió a la fatiga de las largas noches en vela, primero en el hospital, luego en la morgue y ahora en el tren; me quedé profundamente dormido.

Durante el corto y agitado sueño tuve pesadillas, estaba en la frontera del sueño y la vigilia. María se aparecía ante mí, cubierta de tules que transparentaban su hermoso cuerpo, se abrazaba a mí y me arrastraba hacia su tumba. Volví a soñar que soñaba; me desperté sobresaltado y empapado de sudor, me incorporé en el asiento del tren, y, mirando el alba, me tranquilicé. Observé sorprendido al reloj: las siete treinta y cinco. El Tren de Alta Velocidad estaba a punto de llegar a Santiago de Compostela, venía directo desde París y había recorrido más de mil quinientos kilómetros en menos de ocho horas. Amanecía, todo en el paisaje era fragancia. Recordaba como la paleta de Galicia prescribía todos los verdes de las tierras fecundas y los azules más inmaculados del océano. Galicia ostentaba una piel gris y un alma verde. Después de tantos años aún tenía morriña.

Al bajar del tren quedé con el entrecejo fruncido, miré a la gente que estaba esperando a los viajeros, que como yo, llegaban de ninguna parte. Había muchos peregrinos, sonrientes y muy bien equipados, era una nueva manera de hacer turismo, cómo habían cambiado los tiempos. Salí presuroso de la estación, como si quisiera escaparme de mi pasado, me dirigí, caminando, a la parada del autobús; el Castromil saldría a las diez, cuarenta minutos después llegaría a Noia, en donde me esperaba parte de mi pasado. Tan sólo la conocía por la foto que me entregó María dos días antes de su fallecimiento. Se parecía mucho a ella, poseía una hermosa melena negra ladeaba sobre su rostro, unos

labios hermosos remarcaban una sonrisa limpia y, sobre todo, resaltaban aquellos ojos grandes y negros, eran característicos de mi familia. La foto era de una niña que no tenía más de diez años, le pregunté por qué no me daba una foto más actual, pero ella tan solo sonrió y me dijo que no podía ser, que ya lo comprendería. La luz remarcaba muy bien las sombras y le daban a su rostro una belleza muy singular, era de complejión delgada. Era igual a la niña del sueño. Cogí el móvil del bolsillo del pantalón y marqué el número de Xosé.

—Dime.— Respondió circunspecto.

—¿Alguna novedad?

—¡Qué si hay novedades! ¡Por supuesto que sí!

—A qué esperas... Estás algo lacónico.

—Por supuesto. Hace más de veinte días que no he tenido noticias tuyas. No sé si estabas vivo, detenido o muerto.

—No seas alarmista, no olvides que en toda mi puñetera vida, nunca he tomado unas míseras vacaciones, como cualquier mortal, y te aseguro que no han sido lo que pudiese denominar vacaciones.

—Pues aquí se ha organizado una buena...

—Coño, sé más concreto y no des tantas vueltas, me estás poniendo muy nervioso.

—Prefiero contártelo en persona, es más seguro que por teléfono.

—Joder déjate de tanto remilgo y adelántame algo.

—Como quieras, ahí va: Un grupo de la policía judicial anda tras nuestros pasos.

—Eso es imposible. No te preocupes, lo tengo todo controlado. Ya sabes que tenemos “tocado” al juez.

—¡Claro que me preocupo! Este es un grupo que no se sabe quienes son, ni a que juzgado pertenecen, pero lo están poniendo todo de patas arriba.

—Xosé, no seas tan alarmista. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi yerno, el que es teniente de la Guardia Civil.

—¡Ah! No te muevas que en una hora estaré ahí.

—De acuerdo.

Me quedé bastante preocupado, en los seis últimos meses ocurrían cosas muy extrañas, tenía la sensación de que nos estaban cercando, sentí una angustia que me oprimía el pecho. Mi corazón había sido siempre una tela que no se desgarraba fácilmente, y, si eso ocurría, yo lo remendaba con presteza. La vida a lo largo de aquellos cincuenta y muchos años, vividos uno a uno, sin desperdicio, me había dado casi todo, dinero, relaciones, amigos, fama y, sobre todo, poder, pero en cambio me había negado la felicidad; mi ambición siempre me había perdido. No podía afirmar que mi vida hubiese sido triste, la había vivido con mucha intensidad y es posible, que fuese un ser cuyo semblante nadie evocara. Pudiese ser que mi senda fuese granítica e inútil; pudiese ser que asumiera la obligación de sobrevivir; pudiese ser que, poco a poco, me fuese decepcionado; pudiese ser que no ocultase una idea de tardío arborecer que me sumía en una cerrazón; pudiese ser que mi sinrazón me trasladara al crepúsculo de mi vida. Bajé del autobús, caminaba lentamente como si quisiese alargar la vida. Al pasar delante de un escaparate, el vidrio me devolvió mi reflejo: me contemplaba a mí mismo, incólume, con toda la conmiseración de que era capaz. En aquel instante me di cuenta de que los días nos enseñaban muchas cosas, que los años no saben y que no existía ningún tiempo presente, porque lo que llamamos presente, no era más que la juntura del futuro con el pasado. Sobre mi cabeza el cielo era nítido y azul, el sol lanzaba hacia abajo sus dorados rayos, más allá, se divisaba un tejado plomizo de un edificio apaisado, que no me era totalmente desconocido, había sido construido en el tiempo pasado, anterior a mi

marcha. Aparté la mirada hacia el otro lado, no se veía ni un alma, era como si mi presencia hubiese ahuyentado a todo bicho viviente.

Xosé estaba sentado, ante un café, su cara crispada no dejaba lugar a dudas de que algo estaba ocurriendo; me acerqué a él, al pasar le pedí un café al camarero y me senté.

—Hola Xosé. Ponme al corriente.

—No sé por donde empezar.

—¡Pues simplemente empieza!— Le inquirí.

—Como ya te adelanté, hay una brigada especial de la policía judicial, que lo está poniendo todo de patas arriba. Creemos que tienen un vehículo muy sofisticado, de alta tecnología, qué, sin duda les permite el espionaje electrónico.

—Venga, no digas tonterías. Eso no es posible.

—Entonces porqué adivinan todos nuestros movimientos. Ya nos han desmontado tres alijos de cocaína. El director del banco me ha comentado que tiene fundadas sospechas que nos están rastreando nuestras cuentas y las procedencias de las transferencias.

—¡Eso no puede ser! Además es ilegal, Xosé.

—Será todo lo ilegal que tú quieras, pero así obtienen la información.

—Puede que así sea, pero no podrán utilizarla judicialmente.

—No estoy seguro de ello. No seas ingenuo, lo que averigüen les conducirá a saber qué...

—¿Y qué dice tu yerno?

—Está muy preocupado, tiene miedo y me dice que ya no podrá facilitarnos más información. La tiene restringida. Y para colmo a mí me siguen a todas partes, sorprendentemente dejan que yo lo sepa, es como si jugasen conmigo al perro y al gato. Soy incapaz de darles esquinazo.

—Hablaré con mis contactos en la Audiencia Nacional.

—Es inútil, ese grupo de policías o lo que sea, actúan marginalmente, deben ser bastantes, pues han sido detectados, pásmate, en Colombia y en Gibraltar.

—No me jodas, Xosé, te estas volviendo un alarmista. Pagamos al año en sobornos más de mil millones de pesetas, eso es mucho dinero y tiene que asegurarnos total inmunidad.

—Como quieras. Me tengo que ir. He quedado con mi yerno en el bufete de Cesar, vamos a intentar racionalizar este desaguizado, canalizaremos toda la información a través del bufete y tenderemos una celada a ver a quien pillamos. No te tomes todo esto a la ligera que es más grave de lo que aparenta.

—¡Yo nunca me tomo las cosas a la ligera Xosé! Tenemos tocados a tres jueces de primera instancia, otro en la Audiencia, dos coroneles de la Guardia Civil, seis tenientes, dos comandantes de marina, tres comisarios, veinticinco policías y treinta números de la Guardia Civil. ¡Joder que más quieres!. Mantenme informado al instante. ¡Ah! Dile a Eusebio que prepare mi yate, necesito pasar unos días perdido por las rías. Iré con María José. Que llame a aquel marinero, no me acuerdo de su nombre, aquel que cocina también...

—No creo que sea una buena idea, con lo que está cayendo, liarte con la mujer del Delegado del Gobierno en Galicia.

—Sí, Xosé, lo sé, pero ella, sin duda, me facilitará información.

—Y cómo va a justificar su ausencia.

—Le ha dicho a su marido que va ir a Madrid, a ver a su madre que está enferma.

—Eres incorregible, siempre has tenido la bragueta muy suelta, además el delegado y tú fuisteis viejos amigos, y, ello sin duda complicará las cosas.

—Xosé, tengo una asignatura pendiente con ella.

—Allá tú, ya eres mayor para saber lo que haces.

Presentía que se estaba desencadenado algo muy gordo, le daba vueltas y más vueltas, pero todo era inútil, no conseguía llegar a ninguna conclusión, era irrefutable que últimamente la Guardia Civil, cada vez nos decomisaba más partidas y que hubiesen desenmascarado nuestro complejo entramado financiero era poco creíble; mi cerebro divagaba febril, ahora volvía al pasado tratando de justificar la estupidez de mi comportamiento de juventud, hoy lo cambiaría todo por revivir unos instantes con María. Miré hacia la escalinata de granito que descendía del esplendoroso pórtico de la iglesia de San Martín. Recordaba todavía el olor a incienso y el peculiar olor a rape que despedía la sotana de don Miguel, el párroco. Aún podía ver la imagen de María con su pelo ondulado, dibujaba tras el pórtico de la iglesia y la frase que gravé en la piedra con un afilado punzón: “Siempre te amaré”. Los malos designios habían corroído aquella imagen, al igual que el tiempo había endurecido mi alma. Crucé la amplia verja que separaba la iglesia de la plaza, y me dirigí al malecón de Cadarso; mi corazón comenzó a latir más aprisa, cerré los ojos con desesperación premeditada, la volví a ver con su peculiar paso, un andar pausado, ahora percibía su cabeza aureolada por la luz del poniente, de inmediato las sombras y el sol motearon su figura, pero de repente desapareció, ahora tan sólo reconocía su fragancia. Mi edad cada vez más me convencía de que la vejez es el mayor de los males, porque nos priva a los hombres de todos los placeres, dejándonos sin apetitos y trayendo consigo todos los dolores. No obstante, los hombres aunque tememos a la muerte, deseamos que la vejez dure, aunque esté llena de abandono, de dolor y enfermedades. ¿Sabía lo qué quería? Ahora me encontraría con mi pasado en forma de una hija crecida. Al volver a Noia, los recuerdos de mi vida me avasallaban, sin duda era la nostalgia del tiempo perdido Necesitaba creer en las postreras palabras de María: “Tienes una hija”. Había sido fruto de una apasionante despedida de una sola noche de amor, treinta y años atrás. En este momento, ante la hora de verla por primera vez, me sentía perdido. Mi idea de una hija, era como mucho la de una adolescente, pero no la de una mujer; la niña que mostraba la foto era muy hermosa, era igualita a la del sueño. No sabía que hacía, ni donde vivía, si tenía marido o hijos, tan sólo sabía que sería ella quien se pusiese en contacto conmigo, sospechaba que quería ajustar viejas cuentas y restañar profundas heridas, su madre hasta el momento de su muerte nunca le dijo quien era su padre. Ahora me arrepentía de no haber leído todas las cartas de amor, que al principio de mi estancia en Vigo, María me enviaba asiduamente; nunca tuve el suficiente valor de contestarlas; las leídas, me producían tanto remordimiento, que otras las tiraba a la basura sin abrirlas. Pero esto ocurrirá más adelante, vayamos al comienzo de la historia de mi vida.